

POSICIONES

Círculo Cívico de Opinión
Enero de 2015

ECONOMÍA ESPAÑOLA: EL REALISMO OBLIGADO. LA HORA DE LA POLÍTICA

El crecimiento ha vuelto a la economía española. Desde el verano de 2013, los registros trimestrales arrojan tasas positivas de variación del PIB y el año 2014 es el primero, desde que comenzó la crisis, que registrará un crecimiento interanual positivo, por encima del europeo. Noticias excelentes para una economía tan duramente castigada y que dejan atrás la fase más sombría de lo padecido.

No deben inducir, en todo caso, a un atollado optimismo, ofensivo, sin duda, para los muchos que siguen padeciendo las consecuencias más dramáticas de la crisis. Tendría, además, débiles fundamentos. Alejarnos de las tristes marcas de ser el país con más desempleo entre los avanzados y el más endeudado con el exterior de todo el mundo, en proporción a su renta, llevará tiempo, esfuerzos y sacrificios. Olvidarlo solo puede conducir a una frustración colectiva.

Pero tampoco el pugnaz pesimismo es una opción consecuente. Porque está demostrado que, cuando se adoptan medidas apropiadas, las cosas comienzan a cambiar. La economía y la sociedad españolas han demostrado tener no solo capacidad de sacrificio, sino también de reacción.

El objetivo imperioso ahora es crecer con la suficiente intensidad como para que desaparezcan, o remitan significativamente, los gravísimos problemas del desempleo y la fragilidad financiera. Un crecimiento que, para alcanzar esa doble meta, ha de superar, por un lado, dos tipos de limitaciones de orden económico, que atentan las posibilidades de desarrollo de la economía española: las secuelas de los recientes desequilibrios y las rémoras que representan algunas deficiencias estructurales. Y ello, en un marco, por otro lado, sobre el que se cierne la amenaza de dos factores de raíz política: la deslegitimación de las instituciones ante la opinión ciudadana y el desafío secesionista.

Frente a todo ello, el **Círculo Cívico de Opinión** considera que es necesaria una acción decidida. Los problemas son profundos y no admiten tiempos muertos. La cohesión social y política reclama un liderazgo basado en propuestas racionales, explicadas con claridad, que despeje el camino a la esperanza. Los políticos españoles han fallado demasiado desde hace años, por acción u omisión, como para que ahora se permitan administrar los tiempos en función solo de intereses electorales.

1. Limitaciones en el camino del crecimiento

La situación en que se halla inmersa la economía española tiene rasgos peculiares. Una comparación con accidentes cíclicos previos, como el de comienzos de los noventa, apenas tiene sentido. La profundidad de los desequilibrios ha sido ahora mayor y, por otra parte, se arrastra un conjunto de deficiencias estructurales que, haciendo más difícil siempre el crecimiento, se convierten en críticas en horas bajas.

Además, los instrumentos para corregir los desequilibrios a disposición de las autoridades españolas son hoy muy reducidos, después de la adopción del euro y la descentralización del gasto. En particular, el retraso en el proceso de integración europea, con una unión monetaria coja, ha sido dramático para la economía española. Por ese motivo, el Gobierno español debe tener entre sus prioridades permanentes impulsar hasta el final la unión bancaria, conseguir una mayor integración presupuestaria y profundizar en una progresiva armonización fiscal que acabe, al menos en la Unión, con los paraísos fiscales.

Con todas estas restricciones, no es posible que la recuperación sea vertiginosa, ni esté exenta de dificultades y ocasionales contra-tiempos. Presentar la realidad con olvido de estas premisas puede provocar una decepción

generalizada, terreno abonado para populismos de toda especie. Y nunca se debe olvidar que la tentación populista puede tener razones, pero jamás aportar soluciones. Es preciso partir de un diagnóstico realista, contener el optimismo cuando lleguen buenas noticias y resistir el derrotismo cuando sean negativas. Pero, sobre todo, no dejar de hacer los muchos deberes que hay pendientes, en especial por parte de las autoridades, las menos diligentes hasta el momento.

Examinemos, en primer término, el estado de la cuestión en relación con los pasados desequilibrios que todavía representan hoy un problema para la economía española y limitan su crecimiento potencial. Tres son los fundamentales: un capital inmenso escasamente productivo, para el que apenas hay compradores; un endeudamiento excesivo con quienes desde el exterior financiaron aquellas inversiones; y una parte significativa del sistema financiero muy afectada por su protagonismo en tales operaciones.

El capital producto de aquellos excesos inversores se materializó en un gigantesco stock de viviendas y en multitud de infraestructuras públicas con bajísimos índices de ocupación, símbolos de una etapa de despilfarro, que además han sido, en numerosas ocasiones, vehículos de corrupción. Que la iniciativa privada se equivocase a lo grande en sus previsiones sobre las necesidades de viviendas es cuando menos lamentable, si bien no habría tenido tanta trascendencia sin los errores de una parte del sistema financiero. Ahora bien, que los políticos se pusiesen a construir desafortadamente aeropuertos sin aviones, autopistas sin coches, vías de tren sin pasajeros, museos sin contenidos ni visitantes, polideportivos sin usuarios, etc., etc., en pleno auge de la construcción privada, dice poco de su sensatez y de los controles a los que han estado sometidos.

Toda esa inversión hay que pagarla, aunque de ella no se extraigan rendimientos y no haya compradores. Tiene que hacerlo la economía española en su conjunto, dedicando recursos que sin esas obligaciones podrían ir destinados a conseguir un mayor crecimiento. Los costes de oportunidad han sido muy elevados: se han destinado recursos a inversiones que ni son productivas, ni ayudan a “cambiar el modelo” de la economía española, ni apenas mejoran el bienestar. El crecimiento potencial será menor hasta que se hayan absorbido semejantes excesos.

El segundo lastre para crecer más intensa y continuamente es otra consecuencia de lo ocurrido en los años de la expansión: el endeudamiento exterior, con el que se financió la inversión. De acuerdo con los datos más recientes del Fondo Monetario Internacional, España continúa siendo el país más endeudado externamente del mundo en proporción a su tamaño y el segundo en términos absolutos, tras Estados Unidos. Los trece años consecutivos en que España tuvo necesidad de financiación exterior, entre 1999 y 2012, han dejado esta profunda huella.

Una posición financiera internacional tan negativa limita el crecimiento potencial por dos vías. De una parte, obliga a unos pagos periódicos fuertes al exterior en concepto de intereses y amortizaciones, que detraen ahorro nacional reduciendo la demanda. De otra, hace que la economía sea muy vulnerable ante cualquier perturbación financiera exterior. Especialmente, lo es una economía que no dispone de política monetaria y no puede devaluar. La única posibilidad para ella de reducir los pagos en momentos difíciles es renegociar los plazos, pero esa posibilidad siempre queda lejos del alcance de un país muy endeudado en tiempos turbulentos. De manera que la incertidumbre pasa a ser un rasgo permanente de ese país o, dicho de otra manera, su dificultad para generar confianza

se convierte en un freno a la inversión y el crecimiento.

El tercero de los problemas derivados de los excesos de los años de expansión es que hizo entrar en una severa crisis a una parte significativa del sistema financiero español. Algún banco y principalmente muchas de las cajas de ahorro –aunque no todas, debe quedar claro– alentaron los excesos y fueron sus primeras víctimas. La ausencia de derechos de propiedad en unas entidades, las cajas, que habían llegado a representar más de la mitad del sistema financiero español, resultó letal. Los políticos regionales y locales tomaron una posición de fuerza en el gobierno corporativo de una buena porción de las cajas y orientaron sus decisiones con criterios poco profesionales. En ciertos casos acabaron convertidas, de hecho, en bancos públicos al servicio de proyectos delirantes. El confuso reparto de papeles entre gobiernos autonómicos y Banco de España relajó la supervisión y acabó de consumar el desastre.

Todo ello sumado facilitó la canalización del ahorro exterior hacia la inversión en el sector de la construcción. La crisis financiera internacional cortó ese flujo y creó dificultades de liquidez, porque las renegociaciones se hicieron difíciles y los plazos apremiaban. Cuando la construcción se desplomó, las garantías perdieron todo su valor y apareció, adicionalmente, un serio problema de solvencia para quienes más se habían comprometido en el sector.

La política inicial del Banco de España, equivocada con su obsesión por el tamaño de las entidades, hizo a estas ensimismarse durante largo tiempo estudiándose las unas a las otras, sin contribuir a solucionar los problemas de fondo. Afortunadamente, en este terreno el papel del Banco Central Europeo ha sido impecable, desde finales de 2011 de la mano de Draghi, cuando comenzaron las

subastas a tres años que solucionaron los problemas de liquidez. En 2012, la ayuda para la reconversión bancaria española fue otro paso bien resuelto. Gracias a ello, el sistema financiero español, al término de 2014, se encuentra en excelentes condiciones en términos comparados, como han demostrado las pruebas más recientes del Banco Central Europeo.

Puede convenirse, en definitiva, que de los tres problemas heredados de la expansión, el bancario es el que se halla mejor encauzado, aunque a costa de los recursos aportados por los contribuyentes españoles y las entidades sanas. Y también, tras haber sufrido una fuerte restricción al crédito durante estos años, por la necesidad que tenían las entidades de reducir el tamaño de su balance.

Pero no todos los problemas actuales provienen de la mala gestión del crecimiento en los años anteriores. Algunos tenían más largo recorrido, hasta el punto de que se les puede considerar crónicos o estructurales. En particular, resultan especialmente significativos tres, cuya corrección el **Círculo Cívico de Opinión** estima urgente para aumentar el potencial de crecimiento: una estructura sectorial con escaso peso de la industria, un tamaño medio de las empresas muy reducido y un mercado de trabajo con agudas carencias.

Desde mediados de los años ochenta, se viene produciendo una paulatina pérdida de peso del sector industrial en la economía española. La tendencia no cambió en la expansión, ni lo ha hecho durante la crisis. En 1985, la industria suponía el 24,5% del PIB español; ahora, siete puntos menos. La industria tiene una elevada productividad, es la base de la balanza comercial y necesita un saber hacer que cuesta recuperar cuando se pierde tejido productivo. Con un sector industrial de reducidas dimensiones, es difícil que la demanda externa sea un motor poderoso para el crecimiento económico nacional, y existe el riesgo

de que el despertar de la demanda interna se filtre hacia las importaciones de mercancías sin beneficiar el empleo o la economía nacional. Además, la industria es un poderoso arrastre para los servicios a las empresas, que son la parte más dinámica del sector terciario. Urge, pues, un plan serio para recuperar tejido industrial, si se quiere tener músculo para el crecimiento.

Un segundo problema con el que está tropezando una recuperación basada en la demanda externa es el reducido tamaño medio de la empresa española. Los mercados cercanos, los europeos, tienen crecimientos de la demanda reducidos, y así van a seguir durante años, mientras que los más dinámicos están lejos. Vender en estos requiere empresas de elevada dimensión, debido a los costes fijos que exige el acceso a mercados remotos de culturas singulares. Por otro lado, las exportaciones en un mundo con fuertes niveles de competencia exige productos con tecnología sofisticada y también eso está más al alcance de las empresas de mayor tamaño.

Con todo, el problema estructural más grave que padece la economía española es la malformación de su mercado de trabajo. Su incapacidad para ajustarse en los tiempos de expansión y su desmesurada reacción negativa ante las recesiones parecen condenarla a una tasa de desempleo permanentemente desproporcionada en el conjunto de las economías avanzadas. El 8% de desempleo en 2007, antes del comienzo de la crisis, es tan intolerable como el 24% de 2014. Una tasa de desempleo no aceleradora de inflación –es decir, lo que se podría considerar el desempleo de equilibrio– que muchos estudios sitúan alrededor del 15%, es la muestra más elocuente de que las pautas del mercado de trabajo deben ser cambiadas radicalmente, profundizando en la reforma laboral. Reglas inadecuadas y deficiencias en la formación de la mano de obra están en la raíz de un problema que ya es crónico, pero

cuya solución no admite demora porque corroe la convivencia y el futuro.

2. Amenazas perentorias

Una economía extremadamente endeudada con el exterior necesita ineludiblemente ofrecer signos de estabilidad institucional. Sobre todo, si una parte significativa de esa deuda vence a corto plazo. Pues bien, de acuerdo con las cifras más recientes del Banco de España, la deuda financiera externa bruta está en el 155% del PIB y una tercera parte de ella –es decir, la mitad del PIB de un año– es deuda a corto. Es materialmente imposible amortizarla en sus plazos y, en consecuencia, será preciso refinanciarla periódicamente para hacer llevaderos los pagos. Pero la refinanciación exige eliminar ante los acreedores y potenciales prestatarios cualquier atisbo de duda sobre la futura capacidad de pago. Y nada crea tanta incertidumbre como la inestabilidad institucional.

España se enfrenta a dos focos que tienen un enorme potencial de provocar inestabilidad: la desafección de los ciudadanos hacia muchas piezas básicas del edificio constitucional y el desafío secesionista en Cataluña. Una evolución negativa de cualquiera de ellos puede dar al traste con las posibilidades de recuperación económica.

Recientemente, se ha calculado que cada aumento del tipo de interés de 100 puntos básicos resta al crecimiento de la economía española un 0,6%. Si un escenario institucional adverso hiciera subir la prima de riesgo muy significativamente, es fácil deducir que los costes, en términos de crecimiento económico, serían casi insostenibles. Del mismo modo que antes tuvo sentido decir que la crisis económica podía derivar en un problema político, ahora la inestabilidad política puede erigirse en obstáculo central para la recuperación de la economía.

3. Un difícil año por delante

Frente a tal cúmulo de dificultades no cabe la inacción. Se ha conseguido el equilibrio externo, impulsado por una acusada devaluación interior, y eso proporciona la base para un crecimiento sano. Pasar en unos pocos años de necesitar que el resto del mundo nos financie un 10% del PIB, a tener capacidad de financiación, sin poder devaluar, ha sido todo un éxito, aunque haya necesitado un gran sacrificio colectivo. Sostener el superávit en 2014, por segundo año consecutivo, muestra la solidez del ajuste. Es importante apreciar la trascendencia de tal logro.

Pero la sociedad no percibirá las bondades del ajuste macroeconómico si este no va seguido por un crecimiento intenso y continuado, que reduzca apreciablemente el desempleo. Y esa recuperación, que aleje definitivamente el fantasma de la recesión de balance y la vía japonesa al estancamiento, requiere políticas activas, cohesión social y compromiso general. Para conseguirla, es preciso transitar sin demora por la senda de un reformismo exigente, al que acompañe una labor tenaz de pedagogía social. Es hora de abandonar la política económica de bajo perfil adoptada hace tiempo por el gobierno, demasiado satisfecho con las primeras señales de crecimiento, todavía precarias.

Algunos ejemplos son elocuentes. En la hacienda pública se ha conseguido a lo largo de la legislatura una reducción significativa del déficit presupuestario, pero se ha materializado por medio de toscos recortes del gasto y subidas indiscriminadas de impuestos. No hay rastro de la necesaria reordenación de competencias entre Administraciones públicas, ni de una reasignación de las prioridades de gasto en favor del crecimiento y la corrección de las desigualdades extremas; es más, se vuelve a caer en errores del pasado, como la dotación generosa en los Presupuestos de 2015 de

recursos para nuevos trayectos ferroviarios de alta velocidad, que no ayudarán al crecimiento ni al empleo y serán una gravosa hipoteca para la hacienda. Tampoco lo hay de una reforma fiscal ambiciosa, como ya advirtiera el **Círculo Cívico de Opinión** hace unos meses (POSICIONES, “Economía española: exigencias de un crecimiento vigoroso”, Febrero de 2014).

En cuanto a las medidas no hacendísticas, algunas de las aprobadas formalmente no acaban de concretarse en la práctica, como la Ley de garantía de la unidad de mercado, a la espera de múltiples, y por tanto inciertas, negociaciones con las administraciones autonómicas y locales, según confesión del propio Gobierno. Lo mismo puede acabar ocurriendo con proyectos como el de desindexación –por otro lado, escasamente oportuno, cuando la amenaza es la deflación– si llegaran a aprobarse. Sin una racionalización del sistema de competencias, es difícil que el reformismo tenga éxito en muchos extremos.

Quedan además pendientes actuaciones en otros frentes cruciales, como se ha señalado más atrás: la reindustrialización, el tamaño de la empresa, la formación de la mano de obra y la rigidez del mercado de trabajo, por señalar sólo las más relevantes. El programa de trabajo que podría tener el gobierno en el año que comienza es enorme.

En estas circunstancias, el poblado calendario electoral de 2015 puede condicionar estrechamente la acción, e incluso puede convertirlo en un año perdido. Lo más inquietante sería, en todo caso, que el debate económico estuviese dominado por pulsiones populistas. Algunos síntomas son poco tranquilizadores, como la actitud del principal partido de la oposición en torno a la propuesta de derogar la reforma constitucional de 2011, impulsada en su día por él mismo. Parece un retroceso al atajo equivocado de 2008-2010, que tan negativas secuelas dejó. Aún es más preocupante

que puedan resultar asumibles para muchos ciudadanos las propuestas, entre la trivialidad y el irrealismo, de alguna nueva y ascendente formación política.

Ha sido la falta de discurso político del gobierno la causa de que el debate público haya rodado hasta desembocar en tópicos populistas. Al igual que ocurre con la cuestión del secesionismo, hay una clamorosa ausencia gubernamental en la creación de opinión sobre la política económica necesaria. La sociedad española no merece que se le hurte la entidad de los problemas planteados. Es buen gobierno y pedagogía social, y no triunfalismo, lo que necesita una sociedad que soporta todavía más de un 23% de desempleo.



Colección POSICIONES



1. POR UN PACTO DE ESTADO

Octubre de 2012

2. ECONOMÍA ESPAÑOLA: TAREAS PENDIENTES

Noviembre de 2012

3. CORRUPCIÓN POLÍTICA

Febrero de 2013

4. ECONOMÍA ESPAÑOLA: CORREGIR EL AJUSTE PARA INICIAR EL CRECIMIENTO

Mayo de 2013

5. OCHO MIL MILLONES DE EUROS DE AHORRO: LA COMPLEJA REFORMA DE LA ADMINISTRACIÓN LOCAL

Mayo de 2013

6. SUPERAR LA DESAFECCIÓN, RECUPERAR EL APOYO CIUDADANO

Julio de 2013

7. POR UN COMPROMISO NACIONAL DE REGENERACIÓN DEMOCRÁTICA

Octubre de 2013

8. CATALUÑA: A FAVOR DE LA CONCORDIA

Enero de 2014

9. ECONOMÍA ESPAÑOLA: LAS EXIGENCIAS DE UN CRECIMIENTO VIGOROSO

Febrero de 2014

10. ANTE LAS ELECCIONES EUROPEAS

Abril de 2014

11. ESPAÑA, LA APUESTA POR LA RENOVACIÓN ABRIENDO LA PUERTA A LA REFORMA CONSTITUCIONAL

Octubre de 2014

SOCIOS

Miguel Aguiló
Ingeniero de Caminos

Carlos Balado
Subdirector General
Banco Popular

Fernando Becker
Catedrático de Economía Aplicada

Antonio-Miguel Bernal
Historiador

Victoria Camps
Catedrática de Filosofía Moral y Política

Luis Caramés
Catedrático de Economía Aplicada

Adela Cortina
Catedrática de Ética y Filosofía Política

Antonio Cortina
Director Adjunto del Servicio de Estudios
Banco Santander

Álvaro Delgado-Gal
Escritor

Luis Fernández-Galiano
Arquitecto

Juan Pablo Fusi
Historiador

José Luis García Delgado
Catedrático de Economía Aplicada

Jaume Giró
Director General Adjunto
CaixaBank

Josefina Gómez Mendoza
Catedrática de Geografía

Fernando González Urbaneja
Periodista

Rodolfo Gutiérrez
Catedrático de Sociología

Emilio Lamo de Espinosa
Catedrático de Sociología

Cayetano López
Catedrático de Física Teórica

Carlos López Blanco
Director Global de Asuntos Públicos
Telefónica

Alfonso Maldonado
Catedrático de Ingeniería Geológica

Francisco Mangado
Arquitecto

Manuel Martín Rodríguez
Catedrático de Economía Política

Antonio Merino
Director de Estudios y Análisis del Entorno
Repsol YPF

Jaime Montalvo Correa
Vicepresidente
Mutua Madrileña

Santiago Muñoz Machado
Catedrático de Derecho Administrativo

Conrado Navarro
Director de Relaciones Institucionales
Iberdrola

Luis Oro
Catedrático de Química Inorgánica

Eva Piera Rojo
Directora de Relaciones Institucionales
BBVA

Josep Piqué
Presidente del Círculo de Economía

Javier Rupérez
Embajador de España

José Manuel Sánchez Ron
Catedrático de Historia de la Ciencia

José María Serrano Sanz
Catedrático de Economía Aplicada

José Ignacio Torreblanca
Profesor de Ciencia Política

Fernando Vallespín
Catedrático de Ciencia Política

Juan-Miguel Villar Mir
Presidente de OHL

José Ignacio Wert*
Sociólogo

*Sin participación activa mientras desempeña sus actuales responsabilidades como Ministro de Educación, Cultura y Deporte.

RAZÓN DE SER

1. Tras una exitosa transición desde la dictadura a una democracia ya plenamente consolidada, y tras varias décadas de no menos exitosos procesos de modernización económica, social y cultural, España aborda el segundo decenio del nuevo siglo con un escenario incierto. Sin negar la existencia de ámbitos en los que se han efectuado avances importantes, lo cierto es que sobre nosotros pende todavía la salida a la grave crisis económica, y se percibe un claro desgaste de la confianza en la clase política y una crisis de gobernanza que, según muchos, está provocando una puesta en cuestión del mismo modelo de Estado y favorece el aumento de una cierta "fatiga civil". España, que había tenido un gran proyecto nacional unificador, el de la transición, muestra dificultades para reencontrar una visión clara de su interés general por encima de los intereses partidistas y de las prácticas que se arraigan en otros particularismos.

No es sorprendente que, en este contexto, y pocos años después de haber dado por definitivamente resueltos los problemas que atenazaron a regeneracionistas o noventayochistas, broten aquí y allá proyectos de "regeneración" y que incluso se hable de la necesidad de una "segunda transición": para unos, el modo de superar la primera; para otros, el modo de hacerla finalmente efectiva. Ese ímpetu regenerador pone de manifiesto, en todo caso, que España no ha perdido el pulso y que la sociedad civil se inquieta e incomoda ante el presente, buscando alternativas que nos devuelvan a una senda que se corresponda con un más activo papel internacional y sirvan para generar un nuevo proyecto nacional.

2. El Círculo Cívico de Opinión es un producto más de esa coyuntura de incertidumbre, en tanto que foro de la sociedad civil, abierto, plural e independiente, alejado de los partidos pero no neutro (y menos neutral). Su objetivo es ofrecer un vehículo para que grupos de expertos puedan identificar, analizar y discutir los principales problemas y dilemas de la sociedad española, pero con la finalidad de que esos debates, conclusiones y sugerencias puedan trasladarse a la opinión pública.

Para conseguirlo, el Círculo generará propuestas y sugerencias concretas, que serán sometidas al escrutinio de la opinión pública a través de los medios de comunicación, los clásicos y los nuevos, pues pretende utilizar al máximo las posibilidades abiertas por las nuevas tecnologías de la información, para que su voz pueda ser escuchada y se proyecte hacia afuera. El Círculo parte del convencimiento de que no es bueno que los partidos monopolicen el espacio de la política; ésta debe estar abierta también a otros actores; foros como el Círculo pueden contribuir a ello.

3. El Círculo Cívico de Opinión toma la forma jurídica más simple, la de una asociación, y pretende trabajar con el mínimo posible de financiación y el mínimo posible de burocracia. Fundado por un grupo de ciudadanos preocupados por la marcha de la cosa pública, invita a todos los que puedan estar interesados a sumarse a su esfuerzo, contribuyendo tanto con apoyo económico como –lo que es más importante– con su inteligencia y conocimiento.

CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN

www.circulocivicodeopinion.es
